

Año 1

Nº 5

ANALES

— DEL —

Ateneo de Costa Rica

DIRECTORES:

Elias Leiva

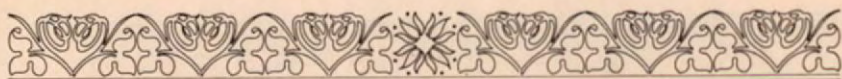
Luis Castro A.

Rómulo Tovar

1912

SAN JOSÉ, COSTA RICA

TIPOGRAFIA NACIONAL



Ateneo de Costa Rica

JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO DE 1912

Presidentes Honorarios

Antonio Zambrana
Justo A. Facio

Presidente efectivo

Justo A. Facio

Vicepresidentes

Enrique Jiménez Núñez
Ernesto Martín

Vocales

J. Fidel Tristán
Tomás Povedano
C. González Rucavado
Anastasio Alfaro
J. J. Vargas Calvo

Secretarios

Fabio Baudrit
Juan Dávila



Don Alejandro Bermúdez

Nació en 1874, en Masaya, Nicaragua, e hizo sus estudios en el Instituto Nacional de Oriente, de Granada, hasta obtener, a los 19 años, los títulos de Bachiller en Ciencias y Letras, Maestro de Instrucción Superior e Ingeniero Topógrafo. En 1893 pasó a la República de Guatemala, en donde se le investió con el cargo de representante del magisterio guatemalteco en el Primer Congreso Pedagógico Centro-Americano. En la enseñanza de Guatemala desempeñó los puestos de Profesor de Literatura y Filosofía del Instituto Central, y Profesor de las mismas materias y de Historia y Matemáticas en el Instituto de Quezaltenango. En ese mismo país fundó el señor Bermúdez el diario *El Ferrocarril* y fué redactor de *El Bien Público*, de Quezaltenango, y de los semanarios *Tierra Blanca*, de Totonicapán, y *La Democracia*, de San Marcos. Sirvió luego varias cátedras en la Escuela Normal de San Marcos, y, a consecuencia de su participación en los sucesos políticos de 1897, emigró a México, en donde ocupó un puesto en la prensa como redactor del diario independiente *El Universal*.

En la administración del General Zelaya fué Inspector General de Hacienda, Subsecretario de Fomento y encargado accidentalmente de esa Cartera, diputado al Congreso Nacional, Delegado por Nicaragua a la Exposición Panamericana de Buffalo y Secretario de la Legación en Wáshington. El señor Bermúdez ha ocupado, además, va-



Lucha de razas

Conferencia dada por el Ingeniero señor don Alejandro Bermúdez,
bajo el patrocinio del Ateneo, en la noche del 3 de junio de 1912.

En el desempeño de una voluntaria y elevada misión de trascendencia continental, en el ejercicio de un verdadero apostolado, completamente raro en los tiempos mercantilistas que vivimos, y cumpliendo un generoso designio, con la fuerza de voluntad que sirve de armadura para la lucha a los paladines de las grandes causas, llegó hace pocos días a Costa el literato y conferencista argentino, Manuel Ugarte.

Habló en el Ateneo de pasatiempos literarios, dedicó a la «Sociedad de Trabajadores» hermosos pensamientos de propaganda socialista y de fraternidad latino-americana; y luego, al aire libre y ante un inmenso auditorio, dictó su conferencia magistral sobre el peligro *yankee* y sobre el deber, ineludible para la América Latina, de prepararse a conjurarlo por medio de la unión vigorosa de las entidades políticas amenazadas, principiando esa magna labor por procurar la unión de los pueblos, ya que se hace difícil, por ahora, establecer la unión de los gobiernos.

Distintas apreciaciones se hicieron sobre los discursos y la manera de lanzar el señor Ugarte sus pensamientos al público; pero creo no equivocarme al decir que es general la opinión de que la causa que él defiende y predica es nobilí-

sima y alta, por más que algunos la coloquen en la categoría de las cosas imposibles y de los sueños irrealizables.

El conferencista no es un agitador de muchedumbres ni un tribuno que se exalta defendiendo un programa político determinado para llevar al pueblo en frenesí al asalto de una fortaleza enemiga; no, él dice su sentir sencilla y tranquilamente, como en una plática familiar, exponiendo sus razonamientos con el método que aconsejan la observación y la experiencia; tocando suavemente los secretos resortes del alma popular para hacer vibrar en ella un sentimiento común de legítima defensa ante la perspectiva de un peligro evidente, que amenaza a muchas entidades de la misma índole y que, por lo tanto, pueden compactarse para afrontarlo con resolución unánime. No le preocupa a él que se le aplauda; lo que le preocupa es que se le oiga con buena voluntad, como a un amigo que viene desde lejos a ofrecer su contingente de fraternal energía para la lucha en que nos hemos de empeñar defendiendo nuestra tierra y el porvenir de nuestros hijos, contra la agresión del extranjero que se prepara cauteloso para arrebatarnos nuestro patrimonio y clavar su gonfalon de conquista donde hoy flamea orgullosa y libre la Bandera de la Patria.

Después hemos tenido la oportunidad de escuchar la palabra vibrante de Alejandro Rivas Vázquez, político y orador venezolano de indiscutible brillantez, que sabe armonizar los entusiasmos de su pecho juvenil con la intrincada labor social del caudillo que se empeña por destruir la tiranía odiosa que gravita sobre el corazón de sus hermanos. Argumentación fácil, envuelta en los ropajes de una elocuencia sonora como el caudal del Orinoco y pensamientos atrevidos, escapados de un cerebro revolucionario, que vibran sobre la cabeza de la multitud como rojas banderas de combate. Tal, el discurso de Rivas Vázquez.

Las ideas de Ugarte, tranquilas, serenas, pero de una amplitud ilimitada, como las pampas argentinas, fuera de su trascendencia histórica y política, han tenido por ahora la virtud de provocar este torneo intelectual, sobre el problema americano, que tanto debe preocuparnos; abren las gloriosas jornadas del pensamiento, que en estas tierras, abatidas por el infortunio y relegadas a la más inexplicable indiferencia, son indispensables para formar opinión pública y preparar los elementos de combate con que habremos de

participar en la gran revolución social y política que se impone de manera ineludible para la defensa de nuestras nacionalidades.

El conferencista venezolano considera dividido nuestro elemento social en tres grupos, respecto al imperialismo americano: uno, que se caracteriza por su absoluta falta de patriotismo y que desea la intervención extranjera, estimándola como fuente de prosperidad y de satisfacción de ambiciones egoístas; otro, que predica el principio utópico de la unión de las naciones indo-españolas, como único medio de salvación ante el peligro que las amenaza y que se acerca, y un tercer grupo que no acepta la unión, por ser ineficaz, sino que aspira al mejoramiento de cada Estado por la supresión de las tiranías y el ordenado manejo de los negocios internos, con lo cual se cree llegar al único terreno práctico de inspirar respeto al invasor y de evitar, por consiguiente, la conquista.

Tenemos, pues, dos elementos favorables al enemigo, los réprobos o traidores y los utopistas o ilusos, en cambio de uno solo favorable a la seguridad común de la América Latina y que lo forman los que, al movimiento de la unión, prefieren el arreglo de la propia casa, y éstos son, los prácticos.

Yo no estoy de acuerdo con esa clasificación, sino en el punto que se refiere á los traidores y réprobos; pienso que no son utópicos los trabajos sobre unión, sino soberanamente salvadores, y creo que con arreglar convenientemente la vida interna de nuestros Estados no bastará para contener la avalancha del imperialismo, que no se va a detener nunca para aquilatar las virtudes de sus víctimas, cuando resuelva echarse violentamente sobre ellas para amarrarlas a las ruedas de su carro. Un imperialismo ético, sería un imperialismo ideal, cuyo modelo no se ha presentado todavía por el mundo.

Aceptemos por un momento los tres grupos de la clasificación anterior; pero agreguemos un cuarto elemento que por desgracia es numeroso en nuestro medio social: me refiero a los prudentes, a los que temen hablar alto del peligro *yankee* porque suponen que eso puede traer complicaciones; a los que se escandalizan de oír un grito de alarma, preventivo y patriótico, y quisieran sellar los labios que se abren para insinuar ideas de resistencia y unión; a los formalistas que pregonan las excelencias de la propia corrección y

compostura y piensan que con ellas solas pueden contener, como vigoroso antemural, el torrente invasor de la conquista.

Si no tuviéramos, para vergüenza nuestra, el elemento corrompido y criminal de los traidores, que desean y piden con descaro la intervención extranjera, diríamos que los del último grupo constituyen la más grande calamidad para la Patria.

Los traidores van ellos solos a doblar la rodilla ante el enemigo poderoso, para obtener su favor, aunque en cambio, se les marque el rostro con el hierro candente de la infamia; pero los prudentes, los *anestésicos*, como podría llamárseles, hacen una labor colectiva, no para solicitar, es cierto, la caricia del yugo y el oprobio de la servidumbre, sino predicando la inmovilidad y el silencio, temerosos de irritar en otra forma el impulsivismo del conquistador que nos asecha. Piensan ellos que con su propaganda de amaneramientos tímidos y de actitudes reposadas van a disminuir los peligros que amenazan a la Patria, cuando en verdad no hacen más que adormecer el organismo nacional para que lo encuentre sometido e indefenso la cuchilla del verdugo.

Supongamos ahora (y es para eso que admití momentáneamente los tres grupos de la clasificación primera) que se anuncia por el Norte un formidable desbordamiento torrencial hacia nosotros; se siente a lo lejos el rumor colosal de la corriente que viene descuajando montes, arrollando sementeras, chocando furiosa contra piedras y barrancas, cambiando de rumbo a cada obstáculo resistente que encuentra en el camino y llenando de pavor los pobres caseríos y la selva estremecida: ¿Cuál sería la actitud que deberíamos asumir en la catástrofe? ¿Cómo procedería cada uno de los grupos en que se considera dividida nuestra sociedad?

Pues los renegados, los traidores, irían gozosos al encuentro de la marejada torrencial, pensando, ¡insensatos! que algo habrían de pescar entre los léganos del fondo. Los indiferentes, los prudentes, los *anestésicos*, dirían: "Silencio, arreglémonos los trajes y pongámonos en orden; no intentemos llamar con nuestros gritos la dormida atención de los demás, que con eso no lograremos sino aumentar la bravura del torrente. ¡Quietos, ordenados e inmóviles! ¡Así nos salvaremos!"

Por otro lado los prácticos dirían: "¡Quiá! Entremos en nuestra casa a matar el fiero can de la tiranía, que anda

suelto por el interior, y arreglemos luego nuestros asuntos íntimos, que es lo que más nos interesa. Así nos respetará el aluvión y pasará inofensivo ante nosotros”.

Mientras tanto los centinelas de la magna defensa por la unión gritarían: “¡Hermanos: la hora del peligro se aproxima; el torrente se desborda, salid de vuestra indolencia debilitante y preparad vuestras fuerzas para la defensa común. El mal no será para uno solo, sino para todos; salgamos al campo y, unidos, formemos un haz de resistencias, no nos crucemos de brazos ni entremos en consideraciones egoístas ante la inminencia del peligro, llevemos troncos, piedras y todo género de obstáculos al camino, para formar diques que desvíen la corriente, o por lo menos que la dividan para debilitarla y salvar así de la inundación nuestras queridas rancherías”.

Esas serían las únicas voces salvadoras y eficaces que podrían oponerse a la magnitud de la catástrofe: las de los ilusos y utopistas predicadores de la unión, como los llaman los hombres prácticos del exclusivismo regional; las de los altos paladines que piensan que no se podrá despejar la incógnita de nuestro destino político, con sólo resolver una parte del problema—el mejoramiento de los Estados—descurriendo la unión de todos ellos, que es tan necesaria para la vida y la potencia del conjunto.

De los cuatro grupos anteriores podrían resultar tres elementos sociales bien caracterizados: los traidores, los indiferentes—formados por el núcleo de los *anestésicos* y por los egoístas de la gran mayoría burguesa que aspira sólo al bienestar personal—y los patriotas, defensores de la raza, que son los prácticos y los unionistas; es decir, los que predicán la conveniente organización de los Estados y la confederación de todos ellos bajo el estandarte de un ideal.

Por dicha, los traidores son los menos, y desgraciadamente los patriotas no son muchos: queda flotante en nuestro medio social la gran mayoría de los indiferentes, que representan, sin saberlo, el papel de los mejores aliados del conquistador.

A ellos, precisamente, habré de referirme luego en un capítulo especial.

*
* *

Consagremos ahora algunas palabras al problema de las razas.

Con el propósito de desvirtuar la noble propaganda del conferencista argentino, que es en la América el abanderado de la raza indo-española, se ha preguntado cuál es ese grupo étnico que él pretende salvar de las garras de la conquista; y se ha dicho también que la heterogeneidad de los elementos que forman el grupo latino-americano no da derecho a suponer que constituya por sí una raza de perfiles y caracteres definidos.

También se ha sostenido que jamás, en ningún tiempo ni en lugar alguno, hubo en el mundo guerra de razas.

¡Inmensos errores, que se desvanecen en el acto con el testimonio de la historia!

Los diversos pueblos esparcidos sobre la superficie del globo, presentan entre sí *caracteres de semejanza y diferencias de conformación*, que permiten clasificarlos en cierto número de grupos, a los que se ha dado el nombre de razas.

Según Pichard, los puntos de semejanza se encuentran en los caracteres hereditarios, en el color de la piel, en la completa similitud, en la uniformidad notable que existe en todas las razas por lo que se refiere al cumplimiento de las funciones de la vida orgánica y de relación, la duración media de la vida, la época de la pubertad, etc.; y las diferencias resultan especialmente del influjo de las complejas y varias causas que modifican el tipo primitivo, hasta que se adapta a las condiciones locales de existencia, climas, temperatura, hábitos, régimen, emigración y medio social.

Levy y Paulier afirman que las razas humanas han revestido hasta cierto punto la forma fisiológica propia de los climas donde se han producido o instalado.

No existe hasta ahora una sola raza humana cuyos elementos constitutivos sean homogéneos. Desde las tribus primitivas hasta la organización de los Estados, los elementos étnicos han sufrido constantes modificaciones por las guerras, por la movilidad entre latitudes y climas diferentes, por el cruzamiento y por otras muchas causas fisiológicas e históricas. El sabio filósofo Gumplowicz en su notable libro intitulado "Lucha de razas", dice a este respecto: "Los Estados y sus pueblos no son más que productos y resultados de desarrollo, que provienen de elementos étnicos heterogé-

neos. El reposo *que estos elementos étnicos* heterogéneos han encontrado *en estos Estados y en estos pueblos*, no es más que aparente. Encuadrados en adelante de manera que constituyan una unidad, no por eso dejarán de ejercer una acción histórica. No hay ningún Estado en que la población no se componga de elementos étnicos heterogéneos; no ha existido jamás ningún Estado cuya población no se haya compuesto de ese modo”.

La raza indo-española forma un grupo cuyo tipo primitivo sufrió grandes modificaciones por la conquista, y en su desarrollo ha sumado elementos nuevos que con los antiguos, forman una gran conglomeración heterogénea que presenta, sin embargo, una fisonomía propia, caracterizada por la sangre, por la similitud, por las costumbres, por los hábitos y, sobre todo, por la religión, por la lengua y por las tendencias espirituales.

Respecto a la guerra de razas, podemos afirmar que no ha tenido otra causa la agitación de la humanidad, desde los primeros tiempos de la historia.

Hay una *ley natural social* a la que obedecen los impulsos de un grupo étnico sobre otro, para realizar determinados fines. “Esos impulsos o posibilidades se modifican según la época, las circunstancias, las fases de desarrollo y la constitución de los elementos étnicos y sociales que entran en contacto los unos con los otros. En la fase más inferior del desarrollo, en el estado de salvajez primitiva, una banda de hombres no puede hacer concurrir a sus fines a las otras bandas, *aquellas que le son extrañas por la sangre*, de otro modo que cazándolas y matando y devorando sus miembros. La historia auténtica, así como los numerosos relatos de los viajeros acerca de los pueblos en estado natural, nos dan testimonio de este género de relación entre las bandas, las hordas *y las tribus extrañas por la sangre.*”

“En un grado ulterior de desarrollo se reconoce que no se puede utilizar mejor para los propios fines el elemento social extraño que ocupándolo en *los servicios* más diferentes. El elemento étnico o social más poderoso se esfuerza *en venir a ser maestro del más débil* a fin de hacerle trabajar para él. Si viene a serlo, se produce entre los elementos étnicos heterogéneos una relación de dominación, se realiza un gran progreso: la esclavitud y la servidumbre”

Si el elemento débil, agrega el sabio pensador de

quien tomamos estos datos, se deja emplear en la satisfacción de las necesidades del más fuerte, continúa viviendo, o bien no consiente, y el otro lo extermina.

“Lo que ha ocurrido en pequeña escala entre las tribus primitivas de los pueblos susodichos *en el estado de la naturaleza*, se renueva en un grado superior de desarrollo y se produce entre las naciones civilizadas; sólo que éstas se decoran con nombres pomposos y toman formas menos groseras; pero en rigor el fondo es la misma cosa”.

“¿Qué son las guerras de los Estados y de los pueblos, sino expediciones de pillaje, organizadas para la explotación del elemento étnico o social de naturaleza diferente?”

“Tendremos que poner ejemplos en apoyo de estas aserciones? Lo que se llama historia universal no es otra cosa que una vasta colección de ejemplos que confirman las proposiciones precedentes”.

La guerra de razas aparece en el mundo desde que las primeras tribus se presentan al ojo de la historia.

El rico Egipto, nos dice Ranke, bastándose a sí mismo, excitaba la codicia de las tribus vecinas que adoraban a otros dioses. *Soberanos extranjeros y tribus extranjeras* han dominado el Egipto durante siglos.

En el seno de aquella gran nación se agitaban centenares de tribus, de diferente composición étnica, tratando las unas de sobreponerse a las otras por medio de luchas que sólo inspiraba un espíritu de dominación. De ese modo los habitantes primitivos iban desapareciendo parcialmente, absorbidos por conquistadores de otras razas, llegadas de comarcas orientales, a apoderarse del país con enérgica resolución. Y así se constituyó el poderoso Imperio que a su vez adoptó la conquista sobre otras razas, dominando a los asirios, los medas, los persas, los bactrianos y los gestas, y estableciendo su esplendor y poderío con la sumisión y la riqueza de otros pueblos.

Después vino la decadencia y el Egipto tuvo que aceptar el vasallaje, siendo sucesivamente provincia persa, macedónica y romana.

A la caída de Roma, Egipto sufrió la dominación árabe y, últimamente, los ingleses metieron su mano codiciosa por entre las riberas del Nilo.

Babilonia sufrió primero la conquista de los caldeos, venidos del Norte, a quienes se encuentra como dominado-

res de la raza primitiva y como tribu reinante en los comienzos de su historia. Después se recuerda otra conquista de Babilonia por los medas; y los caldeos y los medas forman las dos grandes porciones que se dividen el esplendor político del Imperio, constituyendo los unos la clase sacerdotal y los otros la dinastía de los guerreros.

La formación del Imperio Asirio se ha verificado también por conquistas perpetuas de una tribu fuerte sobre cierto número de tribus vecinas diferentes.

La historia secular de la Media, de la Persia, de la India, de la China y la Fenicia, nos ofrece sin variación el mismo proceso, el mismo sistema de organización y vida, la misma lucha encarnizada y feroz entre las razas.

Grecia y Roma nos proporcionan en su historia abundantísimos ejemplos que confirman la tesis que vengo sosteniendo, y que no es preciso repetir aquí por ser de todos conocidos. La invasión de los bárbaros, la dominación árabe en España, las guerras napoleónicas, el descubrimiento y la conquista de América, las guerras de Independencia en el Nuevo Mundo, la de sucesión en los Estados Unidos, la del Japón contra China, primero, y contra Rusia, después; la de Inglaterra contra los boers, la de España contra Marruecos y, últimamente, la de Italia contra la dominación turca en la Tripolitania, no son ni han sido otra cosa más que formidables y sangrientas luchas de razas, disputándose unas el dominio sobre las otras y defendiendo su patrimonio las más débiles contra la violenta acometividad de las más fuertes.

Por eso dice el sabio GUMFLOWICZ *que la lucha de las razas, por la dominación, por el poder, la lucha bajo todas sus formas, bajo una forma violenta o latente y apacible, es el principio propulsor, o mejor dicho, la fuerza motriz de la historia.*

*
* *

La guerra que los Estados Unidos le están haciendo a la América Latina, es una guerra latente que ellos convertirán en una guerra violenta cuando juzguen a estos pue-

blos suficientemente debilitados e incapaces para rechazar el empuje de la invasión conquistadora.

Ellos comprenden que todavía no pueden atacarnos en conjunto porque no cuentan aún con la inmensa ventaja del Canal de Panamá ni con las fortificaciones militares que con el pretexto de proteger aquella vía inter-océanica, construirán en varios puntos adyacentes al canal. Además, provocarían la intervención europea con el motivo legítimo de custodiar y garantizar cuantiosos intereses que aquellos países tienen arraigados en la América.

De modo, pues, que el ataque al conjunto no le efectuarán en breve tiempo; pero sí nos están atacando en detail, interviniendo en la política de algunos de nuestros Estados, que han cometido el gravísimo error de solicitar el concurso del enemigo común para resolver sus negocios internos, o de dejarse envolver en las redes de una diplomacia falaz y astuta, que se convierte en verdadera camisa de fuerza para el contratante débil que tardíamente pretende poner a salvo sus intereses y su libertad.

Nada hay más pérfido, más inmoral ni más corrompido que la política imperialista de los Estados Unidos, en relación con la América Latina. Voy a probarlo con la simple lectura de un documento oficial que fué publicado en varios países hispano-americanos: se trata de una comunicación del Subsecretario de la Guerra, de los Estados Unidos, Mr. J. M. Breakseason, dirigida al Teniente General del Ejército norteamericano, Mr. J. S. Miles, nombrado Comandante en Jefe de las fuerzas destinadas á la campaña de las Antillas.

La nota fué enviada de Wáshington el 24 de diciembre de 1897, cuando no había aún ningún motivo para hacer la guerra contra España, pues la voladura del "Maine" ocurrió en febrero de 1908.

La comunicación oficial es la siguiente: (*)

Hay un membrete que dice: "Departamento de Guerra.—Oficina del Subsecretario.—Wáshington, D. C.—24 Dic. 1897.

"Querido señor: Esta Secretaría, de acuerdo con la de Negocios Extranjeros y la de Marina se cree obligada a

(*) Aunque el conferencista sólo leyó los puntos principales de esta nota para no fatigar al auditorio, la inserta ahora completa, con el propósito de que se conozcan todos sus detalles y se conserve en su integridad histórica.

completar las instrucciones que sobre la parte de la organización militar de la próxima campaña de las Antillas le tiene dadas, con algunas observaciones relativas a la *misión política* que, como General en Jefe de nuestras fuerzas, recaerá en usted. Las anexiones de territorios a nuestra República han sido hasta ahora de vastísimas regiones con esa casa densidad de población y siempre *precedidas por la invasión pacífica de emigrados nuestros*; de modo que la absorción o amalgama de la población existente, ha sido fácil y rápida.

“El problema se presenta, con relación a las islas Hawai, más complejo y peligroso, pues la diversidad de razas y el hallarse casi nivelados nuestros intereses con los de los japoneses, así lo determinan; pero teniendo en cuenta lo exiguo de su población, la corriente de emigración nuestra hará esos peligros ilusorios.

“El problema antillano se presenta bajo dos aspectos: el uno relativo a la isla de Cuba y el otro a Puerto Rico, así como también son distintas nuestras aspiraciones y la política que respecto a ellas habrá de observarse.

“Puerto Rico constituye una isla feracísima, estratégicamente situada en la extremidad oriental de las Antillas, y a mano para que la nación poseedora sea dueña de la vía de comunicación más importante del Golfo de México, el día (que no tardará en lucir gracias a nosotros) en que sea un hecho la apertura del Istmo de Darién. *Esta adquisición, que debemos hacer y conservar*, nos será fácil, porque al cambiar de soberanía, considero tiene más de ganar que de perder, por ser los intereses existentes allí más cosmopolitas que peninsulares.

“*Para la conquista* habrá que emplear medios *relativamente suaves*, extremando en nuestra ocupación del territorio, *con exquisito celo*, el cumplimiento de todos los preceptos de las leyes de guerra, entre naciones civilizadas y cristianas, llegando, sólo en caso muy extremo, al bombardeo de algunas de sus plazas fuertes.

“Para evitar conflictos las fuerzas de desembarque lo harán aprovechando los puntos deshabitados de las costa Sur.

“Los habitantes pacíficos serán rigurosamente respetados, como sus propiedades.

“*Recomiendo a V. muy especialmente procure ganarse,*

por todos los medios posibles, el afecto de la raza de color con el doble objeto, primero, de procurarnos su apoyo para el plebiscito de anexión; y segundo, teniendo presente que el móvil principal y el objetivo de la expansión de los Estados Unidos en las Antillas, es resolver de una manera eficaz y rápida nuestro conflicto interior de razas, conflicto que cada día aumenta, merced al crecimiento de los negros; éstos, conocidas las ventajosas circunstancias para ellos en las Indias Occidentales una vez estén en nuestro poder, no tardarán en ser inundadas por un desbordamiento de esta inmigración.

“La isla de Cuba, con mayor territorio, tiene mayor densidad de población que Puerto Rico, y está desigualmente repartida; a pesar de ello, constituye el núcleo de población mas importante de las Antillas. Su población la constituyen las razas, blanca, negra, asiática y sus derivadas. *Sus habitantes son por regla general, indolentes y apáticos.* En ilustración se hallan colocados desde la más refinada hasta la ignorancia más grosera y abyecta. Su pueblo es indiferente en materia de religión, y por lo tanto, su mayoría es inmoral, como es a la vez de pasiones vivas, muy sensual; y como no posee sino nociones vagas de lo justo y de lo injusto, es propenso a procurarse los goces no por medio del trabajo, sino por medio de la violencia; y como resultado eficiente de esta falta de moralidad, es despreciador de la vida.

“Claro está que la anexión inmediata a nuestra federación de elementos tan perturbadores y en tan gran número, sería una locura, y antes de plantearla debemos sanear ese país, aunque sea aplicando el medio que la Divina Providencia aplicó a Sodoma y Gomorra.

“Habrá que destruir cuanto alcancen nuestros cañones, con el hierro y el fuego; habrá que extremar el bloqueo para que el hambre y la peste, su constante compañera, diezmen su población pacífica y mermen su ejército; y el ejército aliado habrá de emplearse constantemente en exploraciones y vanguardias, para que sufran indeclinablemente el peso de la guerra entre dos fuegos, y a ellos se encomendarán precisamente todas las expediciones peligrosas y desesperadas.

“La base de operaciones más conveniente será Santiago de Cuba y el departamento oriental, desde donde se podrá verificar la invasión lenta por el Camagüey, ocupan-

do con la rapidez posible los puertos necesarios para el refugio de nuestras escuadras en la estación de los ciclones. Coetáneamente, o mejor dicho, cuando estos planes empiecen a tener cumplido desarrollo, se enviará un ejército numeroso a la provincia de Pinar del Río, con el objeto de completar el bloqueo marítimo de la Habana con la circumbalación por tierra; pero su verdadera misión será el impedir que los enemigos sigan ocupando el interior, disgregando columnas de operaciones contra el ejército invasor de Oriente, pues dadas las condiciones de inexpugnabilidad de la Habana, es ocioso exponernos ante ella a pérdidas dolorosas.

“El Ejército Occidental empleará los mismos procedimientos que el Oriental.

“Dominadas y retiradas todas las fuerzas regulares de los españoles, sobrevendrá una época, de tiempo indeterminado, de *pacificación parcial durante la cual seguiremos ocupando militarmente todo el país*, ayudando con nuestras bayonetas al gobierno independiente que se constituya, aunque sea informalmente, *mientras resulte en minoría con el país. El terror por un lado y la propia conveniencia, por otro, han de determinar que esa minoría se vaya robusteciendo y equilibrando sus fuerzas, constituyendo en minoría al elemento autonomista y a los peninsulares que se queden en el país.*

“*Llegado este momento son de aprovecharse, para crear conflictos al Gobierno Independiente, las dificultades que a éste tiene que acarrear la insuficiencia de medios para atender a nuestras exigencias y los compromisos con nosotros contraídos, los gastos de la guerra y la organización de un nuevo país. Estas dificultades habrán de coincidir con las reivindicaciones que los atropellos y violencias han de suscitar entre los dos elementos citados, y a los cuales debemos prestar nuestro apoyo.*

“Resumiendo: *nuestra política se concreta a apoyar siempre el más débil contra el más fuerte, hasta la completa exterminación de ambos, para lograr anexarnos la Perla de las Antillas.*

“Con respecto a las posiciones asiáticas de España, en principio se ha resuelto un movimiento de división, cuya extensión y detalles oportunamente se acordarán, teniendo en cuenta que los celos de las potencias coloniales asiáticas,

forzosamente, nos obligan a limitar a estrecho círculo nuestra acción, y teniendo a la vez en cuenta no excitar las susceptibilidades del Japón, ya demasiado vivas por la cuestión del Hawai.

“La época probable de nuestra campaña será el próximo octubre; pero es conveniente ultimar el menor detalle para estar listos ante la eventualidad de que nos viésemos precisados a precipitar los acontecimientos para anular el desarrollo del elemento autonomista que pudiera aniquilar el movimiento separatista.

“Aunque la mejor parte de estas instrucciones estén basadas en las distintas conferencias que hemos celebrado, estaremos nos someta Ud. cualquiera observación que puedan la práctica y la conveniencia aconsejar como corrección, pero ateniéndose siempre, mientras tanto, a lo acordado.

Soy de Ud. sinceramente, etc. etc.

J. M. BREACKSEASON

Al Teniente General J. S. Miles del Ejército de los Estados Unidos de América.”

Ese tremendo documento no necesita comentarios para imponerse al criterio público como una gran revelación. El programa nefando se cumplió en todas sus partes, hasta en el detalle de la precipitación de los acontecimientos, pues a los dos meses de la fecha de la nota, en febrero de 1898, apareció destruido por una explosión el “Maine” y en abril del mismo año los Estados Unidos le declaraban la guerra a España.

Con cuánta razón el inmortal José Martí escribió en “The Evening Post”, de New York, los siguientes profundos y justísimos conceptos: “Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro, donde los que guían la opinión comparten respecto a él preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o a la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se

humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter.”

El documento que he dado a conocer, salido de una de las Secretarías del Gobierno americano, es el programa más completo, más fiel, más expresivo, de la política imperialista de los Estados Unidos, en relación, no sólo con Cuba, sino con todos los países latinos del Continente.—Ellos intervienen en nuestros asuntos políticos para sacar de nosotros las ventajas que apetecen, imponiéndonos sus exigencias y haciéndonos sufrir humillaciones por la fuerza de que disponen.

Fijémonos en la artería con que preparaban sus golpes contra España y contra sus aliados, los patriotas de Cuba, considerando indispensable y hacedera la anexión de Puerto Rico, al mismo tiempo que aconsejaban los medios de exterminar a los soldados de la Independencia cubana, destinándolos a los servicios de vanguardia y al desempeño de las comisiones más peligrosas y desesperadas. Fijémonos en la refinada hipocresía con que se aconsejaba respetar rigurosamente a los habitantes pacíficos de Puerto Rico, al mismo tiempo que se ordenaba extremar el bloqueo en Cuba para que el hambre y la peste, su constante compañera, diezmasen la población pacífica de la metrópoli antillana.—Fijémonos en la treta aquella de ganarse, por todos los medios posibles, el afecto de la raza de color en Puerto Rico para obtener su apoyo en el plebiscito de anexión y para preparar alojamiento a la irrupción de los negros norteamericanos que serían echados de su país en un desbordamiento emigratorio hacia las nuevas colonias *yankees* del mar de las Antillas. Fijémonos en el terrible procedimiento inquisitorial de aconsejar el hierro y el fuego para la exterminación de un pueblo heróico que estaba peleando desesperado por obtener su independencia y en la crueldad mongólica con que se establecían los procedimientos debilitantes para extinguir las fuerzas vivas del país independizado, y dejarlo por la impotencia en la triste condición de someterse a una nueva servidumbre, bajo el poder de los fenicios modernos.

La actitud de los Estados Unidos en Cuba y Puerto Rico, ceñida en todo a los conceptos de la nota oficial que he mencionado, es la misma que adoptarán con los otros

países de la América Latina, cuando así lo exijan las ambiciones crecientes de su sistema expansionista. Ya se ha visto cómo en otros Estados la han asumido también, con buen éxito para ellos y con grave detrimento de los intereses solidarios de la raza.

¿Será cuerdo y patriótico y favorable y honroso para nosotros continuar sumergidos en nuestra glacial indiferencia, viendo condensarse sobre nuestras cabezas el negro nubarrón de la tempestad?

El enemigo nos asecha, el enemigo está armado, el enemigo se mueve en actitud hostil contra nosotros y debemos salir a campo abierto a disputarle nuestro derecho y nuestro bienestar amenazados. Preparemos, ante todo, los elementos con que vamos a combatir y empecemos por atraer a los aliados del conquistador, que están aquí, dentro de nuestros propios campamentos.

Tenemos que vencer y dominar a la masa de indiferentes que forman una mayoría enervante en nuestro medio social, despertándolos de su atonía con un vigoroso y permanente clamor de la opinión pública, representada por los propagandistas del ideal latino-americano, por los maestros que han de sembrar nociones de patriotismo y honor en la conciencia de la juventud, por la prensa que ha de ser, ante todo un vigoroso propulsor de la santa causa de la Patria; por los artesanos, que son la más vigorosa energía vital de las democracias, y por el pueblo, en fin, que ha de comprender que él es la primera víctima de toda invasión que se aproxima y de toda esclavitud que se prepara en el fondo tenebroso de las ambiciones humanas.

El pueblo en consorcio fraternal con la clase obrera, y ésta ligada con la juventud por el vínculo común de la enseñanza cívica, y todos esos elementos, iluminados por el esplendor de un periodismo sano, bien intencionado y patriótico, entre cuyas columnas palpita el verbo de los pensadores y resuena la propaganda de los paladines de la raza, formarán indudablemente una gran atmósfera de vitalidad nacional, que servirá de estímulo y de norma a los gobiernos para el mejor desempeño de sus funciones administrativas y políticas.

Con la opinión pública así desarrollada y mantenida, iremos, poco a poco, señalando nuevos rumbos a la labor gubernativa, que muchas veces ha sido desastrosa en el mal

nejo de los negocios internacionales; llevaremos al Congreso representantes altivos que se opongan a la aprobación de los tratados en que va escrita nuestra sentencia de muerte, dentro de una palabrería hueca de fraternidad y de civilización; organizaremos los cuerpos municipales con individuos de carácter y de elevado patriotismo, que sepan mantener el vigor local de que depende la fuerza efectiva de la Nación, y fundaremos clubs políticos, de tendencias unionistas, para relacionarnos con los centros patrióticos de igual índole, establecidos en los países hermanos, y trabajar con ellos por el bien y la seguridad de la familia común.

El conquistador pregona que no viene sobre nosotros en guerra de exterminio, sino en busca de mercados para su abundancia comercial; que no quiere tener entre nosotros tierras, sino buenos compradores, pero ya hemos visto que tras el programa comercial ha llegado el predominio de las compañías ferrocarrileras, de las empresas industriales y agrícolas; de las grandes organizaciones para la explotación de las minas; de los cortes de madera y de las plantaciones de banano; es decir, se ha instalado en nuestra casa *la emigración pacífica*, a que se refiere la nota del Ministerio de la Guerra norteamericano, esa emigración que forma la primera avanzada de los ejércitos conquistadores, destinados a la sumisión y ruina de nuestras indefensas nacionalidades.

Para salvarnos de las agresiones de un enemigo tan poderoso y tenaz debemos perentoriamente procurar fortalecernos por la unión; la unión en todo sentido, entre los elementos sociales de cada pueblo, y entre los pueblos de cada país, para obligar a los respectivos gobiernos a mantener confederaciones o alianzas que sirvan de escudo a todas y a cada una de las naciones en peligro.

El concepto de que la unión es imposible entre nuestros pueblos por las tiranías que se han establecido en algunos de ellos, es a todas luces erróneo: las tiranías son meras contingencias pasajeras que obedecen a vicios locales más o menos remediabiles, mientras que la unión es una fuerza, una necesidad permanente en el organismo de las sociedades, como la atracción molecular y la vibración nerviosa son fatalmente necesarias para la vitalidad del organismo individual.

No es, pues, cierto que la unión no pueda establecerse por la existencia de algunas tiranías; al contrario, son las tiranías las que no podrían medrar en el seno de la unión. Hagamos el esfuerzo de unirnos y ya veremos que los primeros en oponerse serán los gobiernos tiránicos, porque comprenden que la liga de los pueblos para altos fines humanos significa para ellos el término fatal de su dominación absolutista.

Se ha proclamado también la revolución como medida salvadora en la crisis que nos envuelve, concretándola a la supresión de las dictaduras que mantienen en completa desorganización y alarma a ciertos países de la familia hispano-americana. No son despreciables los esfuerzos que se hagan en tal sentido para mejorar la condición individual de cada Estado; pero el problema general de la América Española queda en pie, con la amenaza para todos del imperialismo del Norte, que pretende invadir hasta los más lejanos territorios del continente latino.

Está bien que proclamemos la Revolución como un medio eficaz para salvarnos de las tiranías que nos avergüenzan y oprimen, pero no nos contentemos únicamente con la revolución regional, con la lucha sangrienta y esforzada para sólo destruir un cacicazgo: hagamos la revolución magna, la revolución social, la revolución tendiente a la organización de la Gran Patria, que nos permita garantizar en el porvenir los fueros, la dignidad y la existencia misma de la pequeña Patria redimida.

Tiempo es ya que terminen nuestras vacilaciones y la indiferencia criminal que nos ha mantenido separados; no hay razón alguna para que se sobrepongan al patriotismo consciente, que siempre ha sido la salvación de los pueblos, los razonamientos sedativos de los apóstoles del miedo: tengamos valor moral y entereza para combatir al enemigo frente a frente, demostrándole que estamos dispuestos a defender nuestro derecho a la vida, con la brava resolución de quienes no temen caer en los brazos de la muerte.

¡Sombras heroicas de Caupolicán y Atahualpa, de Cuathemoc y de Lampira! Salid de vuestras tumbas gloriosas a enseñar a estos pueblos abatidos y amedrentados, cómo se pelea por el patriotismo de una raza y cómo se defiende el bosque patrio en que se refugian nuestros hijos y

el girón de cielo azul en que nos vienen desde arriba las bendiciones de Dios.

*
* *

A la guerra latente que nos están haciendo los Estados Unidos, debemos corresponder nosotros con otra guerra semejante, preparando los espíritus y las energías para una eficaz compactación, que pueda corresponder al empuje invasor del enemigo. A su avance cauteloso y péfido, dirigido contra nosotros bajo la bandera comercial, debemos oponernos desde ahora con las armas de que disponemos para hacer contra ellos la guerra comercial.

La América Latina bien puede subsistir y mantenerse en una posición respetable de bienestar y de cultura, sin necesidad alguna del concurso de progreso, de industria o de comercio de los Estados Unidos.—Inglaterra puede proporcionarnos los tejidos de algodón y de lana, tan generalizados para el consumo del pueblo, herramientas, maquinaria y materias primas para las industrias; Francia, Italia y España, nos darán sus vinos exquisitos, conservas alimenticias, artículos de fantasía, medicinas, aparatos científicos y cultura literaria, la primera; arte, espiritualidad, grandeza histórica y numerosos elementos industriales, la segunda, y España, los magníficos tejidos de punto y los casimires de Barcelona, frutas exquisitas de diversos climas y, sobre todo, el tibio y cariñoso resplandor de su alma hidalga, madre de la nuestra, que fué un tiempo engendradora de prodigios, y que sigue siendo para nosotros un lazo invisible de amor y de solidaridad.

Alemania nos proporciona maquinaria, aparatos para producir fuerza y luz eléctrica, géneros de toda especie, prensas y papel para periódicos, cristalería, cerveza, vinos del Rhin, utensilios domésticos; harina, para alimento del cuerpo, y ciencia, filosofía y música, para alimento del espíritu.

El Japón y la China nos ofrecen su magnífica sedería, su arroz, su té, su porcelana y sus bellas industrias que cristalizan el tinte soñador, la tranquilidad paciente y el paisajismo, brumoso y suave, del alma oriental.

La República Argentina nos da lana para abrigarnos, carnes en abundancia, maíz, trigo, harina, cueros y pieles, avena, cebada y lino, en cantidad ocho veces mayor, este último, que el que produce los Estados Unidos. Pero sobre todo esto, la Argentina nos da el más edificante ejemplo de prosperidad y de cultura, basadas en el propio esfuerzo, en la sabia atracción de las corrientes inmigratorias, en el verdadero patriotismo estimulado por altos caracteres como Mitre; en el desarrollo intelectual ensanchado por Sarmiento y en la propaganda del Derecho sostenida por ilustres publicistas como Calvo, Drago y Sáenz Peña, que tuvo la genialidad de oponer a la interpretación oblicua de la doctrina de Monroe, el hermosísimo lema de "América para la Humanidad".

El Brasil con un inmenso territorio, más grande que el de los Estados Unidos sin sus colonias; prodigioso en, exuberancia, cruzado por la gigantesca arteria fluvial del Amazonas y habitado por un pueblo activo, emprendedor y laborioso, produce en gran escala café y hule que repletan los mercados extranjeros; produce en abundancia cereales y otros artículos de alimento y de comercio; explota sus bosques maravillosos, de donde obtiene una considerable variedad de productos industriales, desarrolla su riqueza minera y mantiene en actividad muchas industrias que ofrecen al consumo artículos magníficos.

La República de Chile presenta en el mercado mundial muy buenos vinos, una gran variedad de granos, numerosas industrias y también ricos minerales; y exhibe, principalmente, un espíritu emprendedor y serio, recto y maciso, que ha valido a los chilenos para que se les llame "los ingleses de Sud América".

Bolivia, El Perú y el Ecuador extraen de su suelo montañoso y feraz todos los productos de la zona tropical; abundan en ricas minas y sostienen variadas industrias que bastan para satisfacer las necesidades del pueblo.

Colombia es una extensa zona de riquezas naturales que despiertan la codicia extranjera y llaman la atención del mundo por su inagotable multiplicidad. Se produce allí todo lo necesario para alimento del hombre, desde los granos, las frutas y el ganado, hasta el libro luminoso y bello, que nutre los cerebros y deleita los corazones con sus raudales de armonía. Y como si todo eso fuera poco,

la naturaleza quiso poner en las entrañas de la tierra colombiana veneros inagotables de oro rubio, y cuajar las aguas verdes de quién sabe qué misteriosos mares subterráneos, en la masa refulgente de sus grandiosas minas de esmeralda.

Venezuela es un país excepcional; tiene montañas soberbias, que son montañas de riqueza; tiene bosques repletos de productos, que asombran al viajero; tiene dilatadas costas para mantener su comunicación mundial y ríos caudalosos como el Nilo para arrojar al exterior su contingente de materias primas para el desarrollo de la civilización. Pero encima de todo eso, Venezuela ostenta el orgullo de abrigar en su seno las sagradas reliquias de Bolívar de cuyo genio descendió la libertad para medio Continente, así como del sol descenden las auroras que iluminan y alegran, en cada amanecer, a la mitad del mundo.

Cuba está cautiva entre el variado esplendor de su belleza; ella nos da la suavidad y el perfume de su tabaco que produce ensoñaciones; nos da el exquisito licor de su café que vigoriza los nervios; nos da la delicia de su azúcar, que parece más dulce por venir de los cañaverales en que se paseó libertadora la figura de Maceo, y en que exhaló sus divinas armonías el alma soñadora y triste de Martí.

México es un gran pueblo productor y luchador; su tierra es pródiga en todo género de elementos para la vida material y en toda clase de nobles idealismos en que vive y palpita el alma de la raza. México fabrica sus tejidos, desarrolla sus industrias agrícolas, en que florecen el tabaco y el café; repleta sus graneros de cereales y saca de sus minas la plata suficiente para toda la circulación monetaria del mundo. Pero el México más alto y más hermoso es el de la gran Revolución que nos presenta al inmortal Benito Juárez decapitando la Monarquía y haciendo emigrar de la América las águilas napoleónicas, que habían venido a fabricar sus nidos entre las rocas altivas que custodiaban con sus garras las águilas aztecas.

Centro América también tiene un suelo productor ubérrimo; tiene costas inmensas bañadas por dos océanos, ríos caudalosos que embellecen y alegran la floresta; lagos turbulentos que se agitan como pequeños mares interiores

y lagunas apacibles y serenas como hermosas pupilas pensativas.

Nuestros terrenos producen abundantísimas cosechas de cereales, de tabaco, de bananos y café; tenemos buenas frutas y excelente pesca, ricos minerales y algunas industrias que nos aprovechan porque facilitan la vida y estimulan las energías nacionales. Nuestro pueblo es inteligente y luchador y recuerda con orgullo las viejas glorias patrias, tanto las de la federación en que resplandecen las hazañas morazánicas, como las de las jornadas posteriores contra el filibusterismo, en que nuestros ejércitos patriotas hicieron morder el polvo a los esclavistas extranjeros.

Ya vemos, pues, por todo lo relacionado, que muy bien podemos vivir holgada y pacíficamente, con dignidad y esplendor, sin necesidad de ser tributarios del comercio norteamericano.

Oponernos desde hoy en adelante a la creciente invasión de ese comercio, será una labor patriótica y de legítima defensa, pues hartos convencidos estamos de que tras la conquista comercial y económica viene la conquista política, que se traduce en estaciones carboneras, fortalezas para la defensa del canal, intervención en nuestros negocios internos, supervigilancia en los comicios, manejo de aduanas, policía marítima y oro corruptor para comprar traidores y fomentar revoluciones.

Antes de que se inaugure el canal de Panamá debemos trabajar sin descanso para unirnos y fortalecernos; después nos será más difícil sostener la lucha pacífica porque los Estados Unidos aumentarán sus agresiones y quizás lleguen hasta abandonar la guerra latente que nos han venido haciendo, para adoptar la guerra violenta que será para nosotros desesperante y cruel, si no estamos compactos para la resistencia y no aparece otro Páez que haga resonar en la América Española el glorioso ¡VUELVAN CARAS! que convirtió el desastre en una heroica victoria y coronó de laureles inmortales la frente atribulada de la Patria.....!



Don Gerardo Zúñiga Montúfar

Nació en 1879. Inició sus estudios en el Liceo de Costa Rica y los terminó en la Escuela Politécnica de Guatemala. En 1898 comenzó su carrera militar como teniente del ejército de Costa Rica y desde esa fecha ha ido ascendiendo a los grados superiores. En 1904 fué enviado por el Gobierno a la República de Chile para estudiar los métodos de instrucción vigentes en aquel país.

En Chile, Zúñiga Montúfar ingresó al Batallón Yungay de Infantería, en calidad de agregado, y allí permaneció desde marzo de 1904 a setiembre de 1905. Por acuerdo de junio de este último año se le concedió el título de Capitán de Reserva.

Después de su regreso a Costa Rica, en 1905, el Mayor Zúñiga ocupó su puesto en el ejército, pero tuvo que expatriarse a causa de los acontecimientos políticos de aquel año. Asilado en Nicaragua, el gobierno de este país aprovechó sus conocimientos en varios servicios, nombrándolo Sub-Director de la Escuela Militar. Ascendido a Coronel por el Congreso de Costa Rica, regresó al país, ocupando de nuevo su puesto en el ejército con el advenimiento al poder del Licenciado don Ricardo Jiménez.—Con motivo del terremoto que destruyó la ciudad de Cartago el 4 de mayo de 1910, fué nombrado Comandante de aquella Plaza.

Estando en Chile, Zúñiga Montúfar escribió un libro sobre la organización militar de esa Nación y ocupó la

tribuna del Ateneo de Santiago para hacer una conferencia sobre las instituciones militares de la América. En Costa Rica ha publicado un *Estudio sobre el servicio de Campaña*. Actualmente el Coronel Zúñiga Montúfar hace los estudios de Jurisprudencia en nuestra Escuela de Derecho.

Es miembro efectivo del Ateneo de Costa Rica.





El Derecho y la Fuerza

Conferencia dictada por el Coronel don Gerardo Zúñiga

Montúfar, en el Ateneo, la noche del 17 de junio de 1912

Señoras, señores:

Por una deferencia de alguien que ha creído que este centro importante no está reservado únicamente para regalo del oído, con la frase armónicamente bien construida, sino que puede dar también cabida a temas sociológicos y científicos desprovistos de la forma, que constituye gala y pompa del pensamiento, me veo honrado en esta tribuna del Ateneo.

Arrastrado por la corriente de intelectualidad, que como río caudaloso parece surcar hoy a nuestro país diminuto, pero bello y bueno, hállome de improviso en marcha, con la mueca del desengaño sufrido en una profesión abatida y menospreciada en Costa Rica, buscando rumbos hacia los campos ha muchos siglos fertilizados por la ciencia y genio de Savola y Papiniano. ¿Hasta qué grado beneficioso marcará á la Nación esta corriente progresiva de intelectualidad? En nuestra Escuela de Derecho se precipitan los bachilleres; y la jurisprudencia y literatura alinearán en no lejano día todo un ejército de jurisconsultos, de escritores y de hablistas; mientras los tesoros de nuestros campos agrícolas en San Carlos ó en Golfo Dulce, en Sarapiquí ó en El General, continúan como en los tiempos bíblicos y mientras

el dollar y el trabajo y la actividad y el tesón de otras razas mejor preparadas por la educación, nos abren brecha y nos vedan el camino hacia el porvenir en nuestro propio territorio. Mas como quiera que el destino nos reserve sobre lo que merezcamos, por ausencia de fuerza evolutiva y de nuestros hábitos, mientras los caminos estén cerrados para ir en busca de la riqueza que constituye el prodigio de este suelo, trabajemos interín en uno de los pocos campos que hoy podemos cultivar, la jurisprudencia y la literatura, que si ellos no brindan el bellocino de oro, que si ellos ya constituyen como decía Larra, "un modo de vivir que no da para vivir", al menos iluminan y elevan el espíritu y nos auxilian en la consoladora tarea de sumergirnos como Diógenes en buena tina de filosofía.

El derecho es sin duda, la más trascendental y armoniosa de todas las construcciones del espíritu humano, cada uno de sus capiteles es una fuente de vida, cada uno de sus altos relieves es un símbolo de orden y de congruencia, á su vista los pueblos se unifican y disipan sus sombras y sus borrascas: es la panacea que da la fórmula del equilibrio humano. Si me fuera permitido significarle, pensaría en algo más grande que el panteón de Agripa y el capitolio, con recinto imponderable y grave, sostenido con portentosas columnas de granito, desafiando como la esfinge y las pirámides la evolución de los siglos, y bajo dosel artísticamente modelado por la mano del genio, la figura histórica del hijo adoptivo de Justino II, frente al código en bronce de las Doce Tablas, y en torno, las estatuas inmortales de Sabino y de Porcio Catón, de Juvenio Celso y Savola, de Papiniano y de Ulpiano, de Paulo y de Modestino y de todo el cortejo de los glosadores, obreros ilustres de grandioso monumento.

En breve descripción, me será tan sólo lícito discurrir en esta conferencia, por miramiento al culto auditorio que tiene la benevolencia de escuchar, acerca del fundamento del derecho, ora se trate del convenio, ora de lo que piensa Kant, ora del naturalismo de Herbert Spencer, ora de la escuela panteísta y especulativa de Hegel. Básteme decir que pertenezco al número de afiliados al contrato Rousseau. El hombre es autor de la sociedad: comprendiendo por experiencia ó por instinto los peligros que con el estado de aislamiento primitivo le sobrevendría, renuncia a esta con-

dición por interés propio, se une con otros hombres para ser más fuerte y se alista dentro de un orden en que la reciprocidad exige la sumisión a las disposiciones indispensables para la convivencia general. Pero, aparte de esta observación individual, existe otra que se deriva del estudio de las naciones, y así, mirando retrospectivamente, encontraremos que Roma, que en un tiempo fué la señora del mundo por la fuerza de las armas, de conveniencia en conveniencia dió pasos hacia la asociación y otorgó su derecho común a los pueblos que había arrastrado en el carro de su inclemente conquista.

La fuerza, desprovista de sus atributos civilizadores, prevaleció en los primeros tiempos de la historia; el hombre valía entonces por su nervio y por su audacia y el arte simbolizó el poder y las virtudes con la estatura extraordinaria. "Ved, decía Samuel, al presentar a Saúl como rey de Judea, contemplad su enorme talla, en todo el pueblo no hay otro igual". Y si exploramos en el campo de la penalidad, encontraremos la noche, la soledad del derecho; porque no se conoció otro medio que la venganza, ejercitada entre varones como un deber ineludible, transmitido de generación en generación. La ley del Talió con su fórmula de hierro, "ojo por ojo y diente por diente", tal fué la sentencia de los viejos tiempos. La matanza a la orden del día, el más fuerte extrangulando al más débil, si éste no tenía una honda como la de David, y los gigantes convertidos en reyes, y los reyes en conquistadores, y el vencido hecho esclavo miserable y la garra del exterminio en el campo de batalla y como huracán devastador sobre las ciudades, donde la cimitarra cortó sin piedad las cabezas de vírgenes y de niños: Nínive y Babilonia fueron buena prueba, Troya y otros pueblos no lo fueron menos; el hombre es como la fiera de los bosques sin las limitaciones del derecho y sin el lustre de la filosofía y de la moral. Así como la fisiología regula las funciones de los órganos del cuerpo, la moral traza el derrotero de las acciones humanas. Pero la moral con ser delicadísima fuerza interna no alcanza a refrenar las extralimitaciones de la voluntad; vemos al hombre en rebeldías contra su conciencia, contra el imperativo categórico, que llamaba Emanuel Kant. Si la moral fuera en vigor de más quilates que la voluntad, el hombre sería sin duda, una cria-

tura de perfección admirable; no siéndolo, necesita del auxilio del derecho, que en defensa ajena ponga cortapizas a la voluntad sobrepasada.

Mas, ¿qué fuera el pensamiento sin la palabra escrita ó hablada, qué el deseo sin la acción, qué la vida sin el movimiento? ¿Nos brindaría acaso el árbol su fruto si la fuerza no impulsara la circulación de la savia? ¿No representa el mar fuerza y el viento fuerza; no es la fuerza un fenómeno en todos los órdenes del universo? Pues bien, he aquí el punto de partida, la razón de ser, el enlace íntimo e indisoluble entre el derecho y la fuerza y explíquese por qué el plasticismo al representar la justicia, ideó una matrona de ojos vendados, para denotar imparcialidad, con una balanza en la mano que pesa las razones, pero también con una espada en la diestra para proclamar que tiene fuerza á fin de cumplir el veredicto. En la vida de las naciones no otro factor sino la fuerza ha constituido la base inicial de los grandes desarrollos. Con la fuerza rompió la América los eslabones de la gruesa cadena colonial, porque la fuerza externa de la conquista, que era la inercia, fué impotente para resistir a la fuerza dinámica del continente americano; surgiendo nuevas individualidades a la historia, que ocupan la mitad del orbe y proclamando por impulso propio los principios lógicos de la democracia como regla del porvenir.

Para la majestad del derecho y el desarrollo físico y moral de las generaciones y para mantener en respeto la tendencia absorcionista de las fuerzas extrañas, las grandes nacionalidades, al par que se dan la mano en toda clase de relaciones que ratifican en los tratados internacionales, ponen la quilla a nuevos acorazados que lanzan a los mares con sus poderosos cañones. Las instituciones militares representan la fuerza de las naciones. Filosóficamente puede deducirse, que si son grandes los beneficios prestados por la fuerza, no menos grandes han sido los daños ocasionados cuando se ha desnaturalizado por las ambiciones de los hombres. Tamerlan y Atila sólo han dejado el recuerdo de la sangre vertida, pero Garibaldi consolida la nación italiana y Moltke salva la unidad germánica y da timbre y majestad al nombre de Alemania. Las instituciones militares, en los países de significación, representan elevada cultura y acerado civismo: Inglaterra y Alemania han hecho del ejército y la marina escuelas de grandeza nacional; príncipes y

monarcas se ufanan con las insignias del guerrero; y no se arguya que tal sucede sólo en países de te monárquica, porque en las repúblicas más libres de nuestro continente la marina y el ejército representan cultura muy elevada, en notorio contraste con las otras nacionalidades que se agitan dentro de su desarrollo embrionario, que se organizan y desorganizan según el flujo y reflujo de las ambiciones y de la ignorancia de las masas metidas dentro del programa democrático, que explotan á maravilla los advertidos de las deficiencias. Lo que en Centro América se llama ejército, no es otra cosa que una agrupación irregular, que cae y se levanta a períodos con el desenvolvimiento de los partidos políticos, agrupación desvirtuada intencionalmente por los ambiciosos preponderantes á fin de que sirva en la hora llegada de instrumento despiadado en las especulaciones políticas; colectividad sin representación científica, dejada de la mano con vituperable falta de buen sentido y de patriotismo. Algunas veces, el maquiavelismo, en argumentaciones estudiadas á fin de sobornar el sentimiento de las masas hostigadas, protesta odios contra la fuerza, mas coronando el objetivo con el artificio y las combinaciones, la fuerza continúa con el mismo carácter de atraso que en los tiempos anteriores. Otras veces surge el fenómeno de los golpes de cuartel: un cambio administrativo amenaza periódicamente la estabilidad del elemento armado, quien comprendiéndolo así, se adelanta á las contrarias intenciones, en interés propio, concluyendo en poco tiempo con los trabajos y manipulaciones de todo un partido aspirante. Es un fenómeno razonable, nacido del sistema arbitrario, porque las colectividades como los individuos tienen el derecho de vivir y de preocuparse del porvenir, siendo la reacción de los organismos contra lo que tiende á dañarlos o perjudicarlos una ley biológica. Puede el mal subsanarse, creando la fuerza bajo auspicios de una base firme y ordenada, constituida por elemento honorable, dedicada exclusivamente á llenar la misión de trabajo que le incumbe; y entonces podría darse por hecho definido la existencia de seguridad en las instituciones políticas y en el desarrollo gradual de la cultura popular. Los pueblos de América que aun no han salido de la ergástula de sus viejos sistemas, pero que saldrán merced a la instrucción y el progreso evolutivo, sienten animadversión profunda por lo que ellos han conocido con el nombre de mi-

licia; y convengamos en tan justo sentimiento, porque lo que impropriadamente se ha tenido con el nombre de tal, ha estado siempre representado por colectividades irresponsables, constituidas para el flajelo de las libertades, para el espanto de los ciudadanos; porque han padecido por luengos años al tipo odioso del machetón, enemigo jurado de las garantías individuales, y al polichinela intrigante, uniformado para las genuflexiones del palacio y de los poderosos, y porque han soportado el yugo de los presupuestos que han ido como arterias a regar terrenos improductivos para la nación. Cuando los esfuerzos de los gobiernos se han dirigido al establecimiento de institutos bajo planes modernos, que representen centros de utilidad nacional, los pueblos con su ignato espíritu de justicia han sabido aplaudir. He presenciado en Santiago de Chile al populacho vivando en transportes de entusiasmo al ejército que marcha a maniobras, y a doncellas y niños arrojar desde puertas y ventanas flores a su paso. He visto en los Estados Unidos, el júbilo descrito en el semblante de los norteamericanos cuando desfilan la marcial academia de West Point y el Séptimo Regimiento. Es que ven marchar con amor y reverencia, como Alfonso de Lamartine, a los defensores abnegados de sus tradiciones y de sus derechos.

El ejército debe ser institución ordenada, con un Estado Mayor como cabeza directora, no importa que pequeño, pues que Moltke con muy pocos oficiales hizo la tarea del 70 y del 71, pero absolutamente científico; con escalafón normal formado en escuela, con ley de servicio militar obligatorio, aplicado no tan sólo a los infelices que no tienen influencia apelativa; con reglamentación sobre el ascenso, que no dependa de intrigas o del buen humor de alguien sino de la antigüedad y de la suficiencia. Es necesario dar por hecho, que tanto más separen a la fuerza de su honrosa misión, tanto más se acercan los pueblos al trastorno político social, porque nada más peligroso para la vida de las naciones que colectividades armadas al capricho sin determinados principios y enseñanzas. La demolición del vetusto sistema de la fuerza armada se impone como necesidad del progreso; debe reemplazarlo la educación científico militar, que constituye estímulo poderoso de la fortaleza física y moral, virtudes generadoras de pueblos vigorosos, que puedan vanagloriarse de caracteres heroicos que asombren y cauti-

ven en la adversidad: como Archibaldo Butt, como aquel soldado que puso en evidencia las virtudes de su educación, que de pie, sobre la perdida cubierta del Titanic, pensó en la patria y en el ejército para reconfortar su valor puesto al servicio del deber, dejando un ejemplo glorioso al desaparecer por siempre entre las hirvientes olas del Océano. La tesis ideológica de la supresión de la fuerza, debe rechazarse por contraria a las leyes naturales; lo que importa sobre manera es encauzarla paralelamente al progreso y a la civilización. Suiza y Estados Unidos son naciones de completo sistema político, países admirables, donde la libertad y el derecho campean y el cultivo de la fuerza es objeto de preocupación constante de sus maestros y estadistas, porque está probado que la majestad del derecho sólo puede mantenerse en pueblos vigorosos, porque la libertad no establece por mucho tiempo su morada entre los cobardes ni entre los que sean demasiado débiles para merecer sus favores. El General Mekel, ex-director de la educación militar moderna del Japón, determina que la cultura científico militar, se distingue esencialmente por exigir en primera línea cualidades muy altas de carácter, como ser: rapidez y vigor en la resolución, firmeza y energía en la ejecución, impassibilidad de espíritu tanto en los éxitos como en los contratiempos. Y Teodoro Roosevelt, que es un carácter y una gran imaginación, hombre popular en la historia de América, legislador digno de su tiempo y de su pueblo, ha dicho que "una nación no es realmente grande sino por el trabajo y la honradez, la inteligencia desarrollada para las cuestiones políticas y empresas industriales, el talento del artista y del literato, del sabio y del hombre de negocios, el principio de no hacer daño a nadie y de reprimir la injusticia, son cualidades necesarias para una gran nación, pero la energía física no es menos necesaria que la energía moral. Se necesita la firme e intrépida entereza que es la única capaz de hacer surgir a un pueblo del peligro y a morir si llega el caso, por la causa que defiende. De un momento a otro puede presentarse la ocasión en que como dijo el poeta, el hombre se envilece evitando el peligro. No es preciso que tengamos guerra para poder desarrollar las virtudes viriles y si tienden a desaparecer gracias a la paz que disfrutamos, pagaremos ésta muy cara, por muchos que sean los beneficios que nos reporte; en la actualidad, una nación que no sabe

defender su derecho con las armas en la mano, no puede mantener su categoría ni desempeñar en el mundo una misión útil. Nelson ha dicho que la escuadra inglesa era el mejor diplomático de Inglaterra y no se equivocaba. La libertad ordenada, que es la base y coronamiento de nuestra civilización, sólo puede ser mantenida por hombres que crean firmemente en el bien y que sientan amor profundo por su bandera y por su patria. Debíamos grabar en nuestros palacios legislativos estas magníficas palabras de Lowell: "Salud a la paz, pero no a la paz que llora el honor perdido, sino a la paz que altiva se presenta ante un pueblo viril".

Deseo para mi patria, la perfecta armonía entre su fuerza y su derecho, patria libre, fuerte y sana; con sus floridos y cuajados bosques, donde el toro brama formando contrastado coro con el gorgojo del pajarillo cautivador y con la música campestre de sus aguas; doradas sus campiñas con el oro incomparable del sol, regalada por la mano de Dios con opimos frutos, con el Barba, Poás e Irazú en estrecho contacto, levantando airados sus verdosas copas, para proclamar desde lo alto lo grande de la creación y la armonía de la naturaleza.





La Independencia

Discurso pronunciado por el Coronel don Gerardo Zúñiga
Montúfar en la velada lírico-literaria dada en el Teatro Nacio-
nal, por el Ateneo de Costa Rica el día 15 de setiembre de
1912, en celebración de la Independencia de Centro América

Señoras y señores:

Es costumbre de pueblos cultos rememorar los hechos culminantes de su pasado. Acrecer el civismo con el recuerdo de la historia no es tarea vana en la marcha de la vida nacional. Esta velada tiende a tan loable propósito; ofrecida por el Ateneo de Costa Rica, a cuyo frente se halla nuestro querido poeta y literato distinguido Justo Facio, cuya acción constante e inteligente por el desenvolvimiento de la cultura intelectual le dará sitio elevado en la historia de nuestras letras.

Poetas, escritores y oradores han vertido la inspiración para elevar con la sensibilidad del arte y con la gravedad del pensamiento, un suceso que implica punto de partida, el surgimiento bajo el sol del derecho de todo un continente que ocupa buena parte del mundo y cuyas fuerzas dinámicas proyectan en el espacio y en el tiempo.

Que no se pierda en el horizonte de los años la memoria de la gran epopeya, tras la cual, como bien dijo Alva-

ro Contreras, apareció entre nosotros, bajo iris de paz, triunfante la República, y Centro America se llamó nación y el aristócrata se niveló con el esclavo y unos y otros se llamaron ciudadanos. En efecto, al tenerse noticia del grito de Iguala dado por Iturbide en México, Gabino Gainza, que reúne en Guatemala los mandos político y militar cede a las influencias de patriotas como Larreinaga, Gálvez, Valle, Molina, Barrundia, Rivera Cabezas, Milla, Aycinena, Delgado y otros próceres, levantan una acta famosa, el 15 de Setiembre y la independencia de Centro América surge "sin una sola lágrima, sin que hubiera una sola víctima," según relata el historiador Marure.

Si estamos redimidos, si somos libres, si algo valemos, si medimos estatura en la vida política, lo debemos a un hecho trascendental: la Independencia. Y no se crea paradoja, esta palabra, como herencia divina ofrecida en la borrasca del siglo, acarició el alma de las multitudes, fué el ideal supremo, el concebido destino, la justa aspiración conduciendo a los parias de América al perfeccionamiento progresivo.

En la posesión del nuevo mundo, tocole al Norte colonización que tenía prácticas humanas, gente preparada para el gobierno de lo propio, animada de vigoroso espíritu moral.

Hace cerca de trescientos años, en 1619, Jamestown reúne la primera asamblea nacional elegida popularmente: fué la llamada "feliz aurora de la libertad legislativa en América" y cúpole a Virginia la honra de ser el primer territorio que se gobierna bajo auspicios del sufragio libre. Otra fué la suerte de América Latina: España y Portugal no trajeron peregrinos que fundaran colonias orientando a las nuevas poblaciones con el himno de los profetas; nuestro mundo americano, tras plazo en depuración, se agita aún en el embrión de otro periodo: el de las concepciones y prácticas de sus leyes; por eso duda, avanza y retrocede, ensaya y lucha, desde México hasta el Paraguay.

Nada motejemos a los buenos hijos del Cid, que fuera torpeza inculpar los designios naturales. ¿Qué legados podían ofrecernos aquellos marinos de Palos de Moguer del reinado de don Fernando y doña Isabel, o los del cruel don

Felipe, o los del rey y reina que tuvieron por ministro y favorito a don Manuel Godoy?

Si en la jornada hacia el progreso miráramos retrospectivamente como los caminantes en su marcha, el corazón se agranda de júbilo y de esperanza: ya no hay rey, ni feudalidad, ni inquisición, ni aislamiento, ni encomiendas, ni mita, ni capitación, ni genio de intolerancia exterminadora. Volviendo frente al porvenir, justo motivo de ansiedad y excitación aguijoneará el espíritu: larga es la distancia que nos separa del ideal, del deber, de la verdad. El presente es de lucha y de reforma.

La independencia política de la tierra descubierta por Cristóbal Colón, que completa el mundo físico y establece su equilibrio, es el acontecimiento más grande del siglo XIX. El nacimiento de pueblos soberanos que yacían en la inercia colonial y que surgen con principios democráticos y con sentimientos cosmopolitas, ofrece vasto campo de experimentación a los hombres anhelosos del viejo continente y el más rico escenario donde se ejerciten y triunfen las múltiples aptitudes de la criatura humana.

Lafayette llevó a Francia el decálogo de los principios consagrados el 4 de julio de 1776, que obtuvo entusiasta recepción en un ambiente propicio, y Montesquieu anuncia al mundo, elevando la ciencia política, "la formación de pueblos grandes y libres en las selvas americanas". La electrificación revolucionaria, por fuerza de los publicistas se trasmite a América; la Logia Lautaro que funda el apostol y héroe Francisco Miranda constituyó la colmena de la revolución.

Los hombres de carácter y pensamiento que han realizado trascendentales empresas, son espíritus superiores que elevan el sentimiento a la altura de su genio y como el bronce en fusión o la arcilla, toman las formas que su molde les imprime, surgiendo en el torrente de los sucesos para dirigirlos o servirlos.

En la obra capital de redención de la América indio española, dos fueron los más grandes protagonistas, merecedores de figurar en el Panteón Universal como cooperadores del progreso humano: Bolívar y San Martín, que constituyen un binomio, la potencialidad sin la cual el inolvidable sabio

José Cecilio del Valle no hubiera leído jamás acta alguna de nuestra independencia, ni el poeta José Joaquín Palma hubiera pulsado su plectro melodioso para cantar al 15 de Setiembre de 1821.

Conservar la independencia política, como sagrado depósito, es el primer deber del ciudadano; y para ello hay que mirar en la patria el imperio de la libertad y de la justicia; y así, los amenos valles, los altos montes y el cielo esplendoroso nos cubrirán siempre en las magnificencias del equilibrio universal.
